

EL MONSTRUO DEL CUARTO VERDE

p o r

HUGO B. CAVE

El regordete hombrecito del abrigo gris estaba evidentemente borracho. Caminaba con exagerado balanceo que le llevó peligrosamente cerca del borde de la acera, donde se detuvo, sacó las manos de los bolsillos y gravemente contempló el arroyo a sus pies.

Pesada y lentamente recorrió tres manzanas de reluciente acera, entró en la calle Peterboro y llegó ante un edificio de ladrillo rojo, cuya fachada miró con solemne desaprobación.

Permaneció allí sin darse cuenta de que era medianoche y de que la lluvia que había caído incesante desde el anochecer, le había calado hasta los huesos.

Mientras permanecía contemplando la amplia entrada, se abrió la puerta y un hombre y una mujer descendieron los escalones de piedra. Ambos le dirigieron una mirada de extrañeza.

—¿Borracho otra vez, Kolitt?—preguntó el hombre.

—Todavía—replicó sonriendo el hombrecillo.

—Sería mejor que Frank te ayudase—aconsejó la mujer.—Te equivocarás otra vez de cuarto.

El borracho levantó una mano, saludando con torpeza, y tartamudeó:

—Un camello nunca olvida.

La pareja titubeó.

—¡Pobre diablo! ¡Qué lástima!—murmuró el hombre.—Supongo que es la mejor manera de olvidar.

El borracho no oyó estas palabras. Sonrió estúpidamente mientras el hombre y la

mujer se alejaban, dejándole subir los escalones solo.

Se registró los bolsillos del abrigo y sacó un llavero. Luego abriendo la puerta interior, penetró en el pasillo, subió dos tramos de escalones alfombrados de caucho y penetró en el cuarto número treinta y uno.

—Han transcurrido cinco días—murmuró, cerrando la puerta.—Si no lo han descubierto todavía, no lo descubrirán nunca.

Este pensamiento lo serenó un poco; no obstante estaba todavía lo bastante borracho para tener que buscar con torpeza el conmutador. La luz eléctrica le cegó. Parpadeando entró en el saloncito y, sin quitarse el abrigo, se dejó caer pesadamente en un sillón.

Alargando el brazo encendió la lámpara de la mesita de noche que tenía al lado; luego se desperezó contemplando con atención una fotografía que desde un marco de plata, en lo alto de una radio, le miraba serrenamente.

El retrato era de una mujer, atractiva, de cabello liso y ojos sombríos. Aparentaba unos treinta años.

El hombre lo contempló sin emoción, como si lo hubiese estudiado muchísimas veces. Al poco rato se incorporó, quitóse los zapatos y ropas mojadas y penetró casi desnudo en el aposento contiguo. Cuando volvió llevaba una botella y un vaso. Llenó el vaso, lo alzó hacia el retrato y murmuró lentamente:

—Que duermas bien.

Luego apagó la luz y tambaleándose, penetró en el dormitorio.